Las almas no han visto en nosotros el reflejo de Jesús y de su vida en la Iglesia. Para que el pueblo hubiera depositado su fe en nosotros, habría sido preciso que circundase nuestra frente una brillante aureola, a manera de aquella que fulguraba en las sienes de Moisés cuando descendía del Sinaí y llegaba a los israelistas. Aquella aureola era a los ojos de los hebreos, un testimonio de la intimidad del embajador con quien le enviaba. Para el eficaz desempeño de nuestra misión, hubiera sido preciso que apareciéramos ante los demás, no solamente como hombres probos y convencidos, sino iluminados por un rayo de la Eucaristía que descubriese al pueblo, al Dios viviente en nosotros, a quien nada resiste.

Retóricos, tribunos, conferenciantes, catequistas y profesores, hemos cumplido a medias nuestra labor, por no haber reflejado la intimidad de Dios.

Al lamentar los fracasos de nuestras obras, los apóstoles, que sabíamos que en último término el hombre es arrastrado por el deseo de la felicidad, preguntémonos si se vio en nosotros *irradiación de la dicha eterna e infinita de Dios*, que nos hubiera dado la unión con Aquel que, oculto en el Tabernáculo, es la Alegría de la Corte celestial.

El Maestro tenía bien presente este alimento de la alegría tan necesario a los apóstoles: *Haec locutus sum vobis ut gaudium meum sit in vobis et gaudium vestrum impleatur* (68), les dijo acabada la cena, para recordarles hasta qué punto será la Eucaristía el manantial de todas las grandes alegrías de la Tierra.

---

(68) Estas cosas os he dicho para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea compartido. (Juan, XV, 11).

Ministros del Señor, para quienes el Tabernáculo estaba mudo, el ara frío y la Hostia casi inerte, debimos dejar abandonadas las almas en sus caminos de perdición. ¿Cómo hubiéramos podido sacarlas del fango de los placeres prohibidos? Sin embargo, hemos hablado algunas veces de las alegrías de la Religión y de la buena conciencia. Pero como no supimos llegar hasta la saciedad al beber las aguas vivas del Cordero, no alcanzamos sino a tartamudear cuando hablábamos de aquellas alegrías inefables, cuyas ansias, despertadas por nosotros, hubieran roto las cadenas de la triple concupiscencia, mucho mejor que las frases más terribles sobre el infierno.

Hemos presentado ante las almas ese Dios que es todo Amor, como un legislador austero y un juez inexorable en la sentencia y riguroso en el castigo, y nos hemos callado el lenguaje del Corazón de Aquél que tanto ama a los hombres, porque nuestras efusiones con su Corazón eran tan raras como superficiales.

No carguemos la culpa a la inmoralidad de la sociedad, aunque sea muy grande, porque podemos comprobar la moralización operada en parroquias mucho tiempo descristianizadas, por la dirección de sacerdotes juiciosos, activos, abnegados, competentes y, sobre todo, amantes de la Eucaristía. A despecho de todos los esfuerzos de los ministros de Satanás, esos sacerdotes, pocos por desgracia, *facti diabolo terribiles*, sacando la fuerza de la fragua de la fuerza, de las ascuas del Tabernáculo, han sabido templar sus armas, tan invencibles, que todos los demonios conjurados no han podido quebrantarlas.

La oración que hacían al pie del Altar no fue estéril, porque pudieron comprender estas palabras de San Francisco de Asís: *La oración es la fuente de la gracia. La predicación es el canal que distribuye las gracias que hemos recibido del cielo. Los ministros de la palabra de Dios han sido escogidos por El Gran Rey para llevar a los pueblos lo que ellos aprendieron y recogieron de sus labios,* SOBRE TODO AL PIE DEL TABERNACULO.

Lo que más alienta nuestra esperanza es ver actualmente una generación de hombres consagrados a las obras, que no se contentan con organizar brillantes comuniones, sino que saben despertar en las almas la verdadera práctica de la comunión frecuente.

QUINTA PARTE

ALGUNOS PRINCIPIOS Y AVISOS PARA LA VIDA INTERIOR

1. *Consejos a los hombres de obras para la vida interior*

CONVICCIONES

El celo no es eficaz sino en la medida en que se le agrega la acción de Jesucristo.

Jesucristo es el agente principal; nosotros somos sólo los instrumentos.

Jesucristo niega su bendición a las obras en que el hombre confía únicamente en sus propios recursos.

Jesucristo no bendice aquellas obras sostenidas por sola la actividad natural.

Jesucristo no bendice las obras en que el amor propio reemplaza al amor divino (1).

Desgraciado el que resiste, cuando Dios le llama a determinadas obras.

---

(1) P. Desurmont, C. SS. R.

Desgraciado quien se entrega a las obras sin asegurarse de la voluntad de Dios.

Desgraciado el que pretende gobernar las obras con independencia de Dios.

Desgraciado aquel que en el ejercicio de las obras no toma sus medidas para conservar o recobrar la vida interior.

Desgraciado quien no sabe poner orden en sus vidas interior y activa, para que no se perjudiquen mutuamente.

PRINCIPIOS

Primer principio.—No lanzarse a las obras llevado exclusivamente de la *actividad natural,* sino consultar a Dios, para llegar al convencimiento de que nos impulsa la inspiración de la gracia y la expresión moralmente cierta de *su voluntad.*

Segundo principio.—Es imprudente y perjudicial permanecer durante mucho tiempo envuelto en ocupaciones excesivas que pudieran dejar al alma en un *estado incompatible con los ejercicios esenciales de la vida interior.* En ese caso, sobre todo los sacerdotes y religiosos, deben aplicar, aun a las obras más santas, el *Erue a te et projice abs te* (2).

Tercer principio.—Ha de imponerse y observarse si es preciso con violencia, ante el desbordamiento irrefrenable de la vida activa, un *reglamento* que determine el empleo habitual del tiempo, hecho con el

(2) Arráncalo y échalo lejos de ti. (Mat. V, 29). Ver el pasaje de San Bernardo citado en la pág. 107.

asesoramiento de un sacerdote prudente, interior y experimentado.

Cuarto principio.—Para provecho propio y ajeno, hay que cultivar sobre todo la vida interior. *A mayor ocupación,* mayor necesidad de esa vida. Por consiguiente, hay que fomentar la sed de esa vida y poner los medios necesarios para que esa sed no se convierta en uno de esos deseos estériles que Satanás explota con tanta habilidad, para cloroformizar a las almas y dejarlas en la ilusión.

Quinto principio. — Cuando el alma se encuentra accidentalmente, por voluntad de Dios, muy ocupada y en la imposibilidad moral de prolongar sus ejercicios de piedad, posee un termómetro infalible que le indicará si se mantiene VERDADERAMENTE en el fervor. Si tiene verdadera sed de vida interior, y aprovecha todas las ocasiones que se le presentan para cumplir las *prácticas esenciales,* puede estar tranquila y contar con gracias especiales que Dios le reserva; ellas le darán la fuerza suficiente para avanzar en la vida espiritual.

Sexto principio.—Mientras el hombre de acción no ha llegado a conservarse en el *recogimiento* y *dependencia* de la gracia que deben acompañarle en todas partes, se encuentra en un estado *insuficiente* de vida interior. Para ese recogimiento necesario no hay que hacer esfuerzos. Basta una *mirada* más bien del corazón que del espíritu. *Mirada segura, justa y penetrante,* para conocer si en medio de nuestra actividad seguimos bajo la influencia de Jesús.

CONSEJOS PRÁCTICOS

1.° Fijar en el espíritu la convicción de que sin el *Reglamento* de que hemos hablado, y sin *una voluntad firme* de observarlo habitualmente, y en particular en cuanto a la HORA DE LEVANTARSE, determinada rigurosamente de antemano, el alma NO PUEDE vivir la vida interior.

2.° Fundamentar la vida interior, como en un elemento indispensable, en la oración de la mañana. "Aquel —dice Santa Teresa— que está resuelto, cueste lo que cueste, a hacer todas las mañanas media hora de oración, ha recorrido la mitad de la jornada." En cambio, día sin oración, casi invariablemente, es día de tibieza.

3.° La *Misa*, la *Comunión*, el rezo del *Breviario* y las funciones *litúrgicas* son minas incomparables de vida interior y deben ser explotadas con una fe y un fervor siempre crecientes.

4.° *El examen particular* y *general*, han de enderezarse, así como la Oración y la Vida litúrgica, a la *Guarda del corazón*, por medio de la cual se realiza el *Vigilate et orate*. El alma, atenta a lo que pasa en su interior y a la *presencia de la Santísima Trinidad* en sí, adquiere el instinto de recurrir a Jesús en todo momento, y especialmente cuando sospecha que corre peligro de disipación o decaimiento.

5.° De esto se sigue la necesidad de las comuniones espirituales y jaculatorias, que son verdaderas oraciones, muy fáciles de hacer cuando hay buena voluntad, aun en medio de las ocupaciones más absorbentes, y que al mismo tiempo admiten una va-

riedad muy grande aplicándolas a las necesidades especiales del *momento presente,* a las circunstancias en que se encuentre, a los peligros, dificultades, laxitud, defecciones, etc.

6.° *El estudio de la Sagrada Escritura,* y especialmente del Nuevo Testamento, debe formar parte de toda vida sacerdotal, todos los días o varias veces por semana. La *lectura espiritual* de la tarde es un deber cuotidiano que cumple toda alma generosa. El espíritu necesita refrescar la memoria de las verdades sobrenaturales, de los dogmas generadores de la piedad y de sus consecuencias morales, que se olvidan tan fácilmente.

7.° Gracias a la guarda del corazón, que será como la preparación remota de la *confesión semanal* ésta podrá estar revestida de una contrición sincera, un dolor verdadero y un firme propósito, cada vez más leal y resuelto.

8.° Los *ejercicios anuales* son muy útiles, pero insuficientes. El *retiro mensual* (de un día entero, o medio día por lo menos), con el cual el alma adquiere el equilibrio que iba a perder, es casi indispensable al hombre de obras.

2. *La Oración, elemento indispensable de la Vida interior y, por consiguiente, del Apostolado*

Un deseo vago de vida interior, sentido a causa de la rápida lectura de un volumen, no daría NINGÚN RESULTADO.

Es preciso fijar ese deseo en una resolución *precisa, ardiente y práctica.*

Muchas personas de obras nos han pedido que les facilitemos los medios de realizar sus propósitos de llevar vida interior, exponiendo algunas resoluciones generales.

Satisfacer esos deseos es agregar una suerte de apéndice a ese volumen.

Lo haremos, sin embargo, con gusto, persuadidos por una parte de que ningún hombre de obras, sea sacerdote o seglar, sacará provecho de la lectura de este libro si no está resuelto a dedicar todas las mañanas unos instantes a la oración mental, y por otra, de que todo sacerdote, para progresar en la vida interior, debe utilizar la Vida litúrgica y ejercitarse en la Guarda del corazón.

Creemos que será más práctico exponer estos tres puntos en forma de resoluciones personales.

No presumimos de enseñar un método nuevo de oración; nos limitamos a extraer el meollo de los métodos mejores.

RESOLUCION DE ORAR

YO QUIERO SER FIEL A LA RESOLUCIÓN DE HACER ORACIÓN TODAS LAS MAÑANAS

I. ¿SE IMPONE ESTA FIDELIDAD?

YO, SACERDOTE, escuché en los ejercicios espirituales que precedieron a mi ordenación estas graves palabras: *Sacerdos, alter Christus* y entendí entonces, que de no vivir especialmente de Jesús, no sería un sacerdote según su corazón, ni un alma sacerdotal.

YO, SACERDOTE, debo vivir en la intimidad de Jesús. El lo espera de mí. *Jam non dicam vos servos... Vos autem dixi amicos* (3).

Pero MI VIDA CON JESÚS, Principio, Medio y Fin, se desarrolla en la medida en que El es la *Luz* de mi razón y de todos mis actos internos y externos; el AMOR que regula todas las afecciones de mi corazón; mi FUERZA en las pruebas, luchas y obras. Y el ALIMENTO de esa Vida sobrenatural que me permite participar de la misma vida de Dios.

Ahora bien; esa Vida con Jesús, ASEGURADA POR MI FIDELIDAD A LA ORACIÓN, es moralmente IMPOSIBLE sin oración.

¿Me negaré a hacerla sabiendo que mi negativa es un ultraje al Corazón de Aquel que me ofrece este *Medio de vivir* en amistad con El?

Otro aspecto importante, aunque negativo, de la *necesidad* que tengo de hacer oración: Según la Economía del Plan divino, la oración es EFICAZ para evitar los peligros inherentes a mi fragilidad, a mis relaciones con el mundo y a algunas de mis obligaciones.

La oración me revestirá de una armadura de acero, que me hará INVULNERABLE a las flechas del enemigo. Sin oración, ellas se me clavarán *seguramente.* Por tanto, muchas faltas que no advierto, o de que apenas me doy cuenta, me serán imputadas en su causa.

"El sacerdote que está en contacto con el mundo, SI NO ORA, CORRE UN GRAN PELIGRO DE CONDENARSE, decía sin titubear el piadoso, docto y prudente P. Desur-

(3) No os llamaré ya servidores. Os he llamado amigos. (Juan. XV, 15).

mont, uno de los más experimentados predicadores de Retiros eclesiásticos.

A su vez el Cardenal Lavigerie, escribe: "Para el apóstol no hay término medio entre la santidad adquirida, o al menos deseada y fomentada (sobre todo con la oración diaria), y la perversión progresiva."

Todo sacerdote puede aplicar a la oración que hace, estas palabras inspiradas por el Espíritu Santo al Salmista: *Nisi quod* LEX TUA MEDITATIO *mea est, tunc forte* PERIISSEM IN *humilitate mea* (4). Pero esta ley impone al sacerdote la obligación hasta de reproducir el espíritu de Jesucristo.

UN SACERDOTE VALE LO QUE SU ORACIÓN.
DOS CATEGORÍAS DE SACERDOTES:

1.° Los sacerdotes que tienen la resolución firme de ni siquiera retrasar la oración con el pretexto de conveniencia, ocupaciones, etc. Unicamente en algún caso RARÍSIMO de fuerza mayor, la dejarán para hacerla más tarde durante la mañana. Pero nada más.

Estos verdaderos sacerdotes tienen el empeño decidido de obtener resultados apreciables de su oración, que distinguen de la acción de gracias de la Misa, de la lectura espiritual y, *a fortiori*, de la preparación de un sermón.

Estos poseen la santidad deseada *eficazmente*. Mientras sigan así, su *Salvación está moralmente asegurada*.

2.° Los sacerdotes que sólo tienen una semirresolución de hacer oración, y la retrasan y omiten con

(4) A no haber sido tu Ley el objeto de mi meditación, hubiera sin duda perecido en mi angustia.

facilidad, *desnaturalizando* su fin o no haciendo esfuerzo alguno para alcanzarlo.

CONSECUENCIA: tibieza, ilusiones sutiles, embotamiento de conciencia o conciencia falsa... *Peligro de resbalar hacia el abismo.*

¿A cuál de estas dos categorías quiero pertenecer? Si dudo en la elección es que no hice *bien los ejercicios espirituales.*

Todo se encadena. Si abandono la media hora de oración de la mañana, pronto la Santa *Misa,* y por tanto la Comunión, no me serán de provecho *personal,* y podrán hasta imputárseme a *pecado.* El rezo penoso y casi mecánico del *Breviario* no será la cálida y alegre expresión de mi Vida litúrgica. Abandonaré la *vigilancia,* el recogimiento y, por tanto, las jaculatorias. Y, desgraciadamente, también la *lectura espiritual.* Mi apostolado irá perdiendo en fecundidad. Ni haré un *examen* sincero de mis faltas, y mucho menos el examen particular. Mis confesiones SERÁN DE RUTINA O TAL VEZ DUDOSAS, y el SACRILEGIO... ¡no se hará esperar!

La ciudadela, cuya defensa va abandonándose día por día, acabará por ser entregada al asalto de una legión de enemigos. Comenzarán por abrir *brechas en ella,* y acabará todo en un montón de *ruinas.*

II. ¿QUÉ DEBE SER MI ORACIÓN?

ASCENSIO MENTIS IN DEUM (5). "*Esa ascensión,* dice Santo Tomás, *por ser un acto de la razón, no especulativa, sino práctica, supone un acto de la voluntad.*"

(5) La ascensión del espíritu hacia Dios.

CONSECUENCIA:

La Oración mental es un VERDADERO TRABAJO, sobre todo para los principiantes. Trabajo para *desprenderse* un instante de todo lo que no es Dios. Trabajo para permanecer media hora *fijo en Dios* y hacer un nuevo *arranque* camino del Bien. Trabajo penoso, indudablemente, al principio, pero que quiero aceptar con generosidad. Trabajo que, por lo demás, pronto será coronado con el mayor consuelo de este mundo, que es la paz en la amistad y unión con Jesús.

"*La oración*, dice Santa Teresa, *es una conversación amistosa, en la cual el alma habla de corazón a corazón, con Aquel de quien se siente amada.*"

CONVERSACIÓN CORDIAL. — Sería impío suponer que ese Dios que pone en mi espíritu la necesidad, a veces el atractivo y hasta la imposición de esa conversación, no va a facilitármela. Hasta cuando abandono algún tiempo a Jesús, me llama con ternura, ofreciéndome una asistencia ESPECIAL por medio del *Lenguaje de la Fe, Esperanza y Caridad,* que debe constituir mi Oración, según el pensamiento de Bossuet.

¿Osaré resistir a ese llamamiento de un padre que está invitando al hijo pródigo a escuchar sus palabras y a tener una expansión filial, abriéndole el corazón para unir sus latidos a los del Corazón de su Padre?

CONVERSACIÓN SENCILLA. — Procederé con naturalidad, hablando al Señor si soy tibio, como tibio o como pecador, o como pródigo o como ferviente. Le mostraré el estado de mi alma con candidez infan-

til, hablándole un lenguaje que sea la expresión sincera de mi estado.

CONVERSACIÓN PRÁCTICA. — El herrero mete el hierro en la fragua, no para darle brillo ni para convertirlo en un ascua, sino para hacerlo *maleable*.

De la misma manera, la oración ilumina mi inteligencia y enciende mi corazón para dar flexibilidad a mi alma, trabajarla y quitarle las aristas del hombre viejo, modelándola con las virtudes y dándole la forma de Jesucristo.

Esa conversación mía con Jesús *elevará mi alma hasta su santidad* (6) para formarla a imagen y semejanza suya. *Tu Domine Jesu. Tu Ipse manu mitissima, misericordissima, sed tamen fortissima formans ac pertractans cor meum* (7).

III. ¿CÓMO HARÉ LA ORACIÓN?

Para realizar en mí la definición y el fin de la oración, seguiré este camino *lógico*. Empezaré por abrir mi razón y, sobre todo, mi Fe y mi corazón a Jesús cuando *me enseñe* una verdad o una virtud. Avivaré la *sed* de armonizar mi alma con el ideal que he columbrado. Deploraré lo que haya en mí en oposición con el ideal. Me *decidiré* a saltar por toda clase de obstáculos que pudiera prever. Y, persuadido de que nada puedo de mi cosecha, alcanzaré con mis *súplicas* la gracia eficaz para poner en práctica estos propósitos.

---

(6) Bella expresión de Alvarez de la Paz sobre la finalidad de la oración.

(7) Tú mismo, Señor, formas y modelas mi corazón con tus manos dulces y misericordiosísimas, pero fuertes al mismo tiempo.

Como un viajero extenuado, muerto de sed, busco dónde mitigarla. Por fin, VIDEO (8). Veo una fuente. Pero brota de una roca escarpada... SITIO. Cuanto más miro sus aguas cristalinas, que me aliviarían para poder seguir mi camino, más se me acentúa el deseo de apagar la sed, a pesar de los obstáculos que me lo impiden. VOLO. Quiero, cueste lo que cueste, llegar a la fuente y hacer toda clase de esfuerzos para lograrlo. Pero, desgraciadamente, tengo que confesar que no puedo... VOLO TECUM. Un guía se me presenta. Está esperando a que solicite su ayuda, para prestármela. Carga conmigo hasta en los pasos más difíciles. Inmediatamente bebo todo lo necesario para apagar la sed.

Esto ocurre con las Aguas vivas de la gracia que brotan del Corazón de Jesús.

La *Lectura espiritual* que hago por las tardes, elemento preciso de vida interior, reaviva en mí el deseo de hacer *oración al día siguiente*. MOMENTOS ANTES DE ACOSTARME, preveo de un modo sumario, pero neto y vivo, los puntos de la oración del día siguiente y el fruto que deseo obtener, y avivo delante de Dios el deseo de aprovecharme (9).

---

(8) Video, veo. Sitio, tengo sed. Volo, quiero. Volo tecum, quiero contigo.

(9) Un libro de meditación es casi indispensable para evitar que el espíritu divague.

Hay muchos libros, antiguos y modernos, que sirven para la meditación, mejor que para la lectura espiritual. En cada uno de los puntos se encierra una verdad que impresiona, expuesta con nitidez, fuerza y concisión, que invita, después de bien meditada, a los afectos prácticos con Dios.

Cada uno de los puntos basta para media hora. Debe resumirse en un texto bíblico, o litúrgico, o en una idea madre, adaptada a las necesidades de mi estado. Hay que comenzar por la meditación de los novísimos y el pecado; repitiendo estas meditaciones todos los meses. Después debe meditarse sobre la

LLEGADA LA HORA DE LA ORACIÓN (10), quiero desprenderme de todo lo terreno y hacer UN ESFUERZO DE IMAGINACIÓN para representarme alguna escena viva que me borre las preocupaciones, distracciones, etcétera (11).

Será una representación rápida, hecha a grandes rasgos, lo suficientemente viva para que pueda *impresionarme* y PONERME EN PRESENCIA de Dios, cuya Actividad, hecha toda de Amor, quiere envolverme y penetrarme. De esta manera, estoy en comunicación con un INTERLOCUTOR VIVIENTE (12).

ADORABLE Y AMABLE

Al punto hago una adoración profunda. Esto *se impone.*

Anonadamiento, contrición, declaración de dependencia, oración humilde y confiada para que Dios bendiga ese rato que he pasado con El (13).

---

vocación, los deberes de estado, los pecados capitales, las principales virtudes, los atributos de Dios, los misterios del Rosario o alguna escena del Evangelio principalmente de la Pasión En las solemnidades litúrgicas, ellas indican el asunto.

(10) El "clauso ostio" de Nuestro Señor me invita a preferir para hacer la oración algún lugar retirado, como la Iglesia, mi cuarto, el jardín, etc.

(11) Por ejemplo: N. S. mostrándonos su Corazón y diciéndonos: Ego sum resurrectio et Vita; o, He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres, o bien una escena de su vida: Belén, el Tabor, el Calvario, etc. Si después de un esfuerzo leal y corto no se logra representarse nada, hay que pasar adelante y Dios suplirá.

(12) El provecho de la oración depende a menudo del cuidado que se tenga en considerar a nuestro interlocutor, como presente y vivo, cesando de tratarlo como a una persona ausente y pasiva, es decir, casi como a una abstracción.

(13) Hay que persuadirse firmemente de que Dios no nos pide sino la buena voluntad. El alma ASEDIADA POR LAS DISTRACCIONES que con tanta paciencia y amor filial acude

VIDEO

ENTREGADO a tu *Presencia viviente*, oh Jesús mío, y desprendido del orden puramente natural, comenzaré estos momentos con el LENGUAJE DE LA FE, que es más fecundo que los análisis de la razón. A este fin, leo o recuerdo los puntos de la oración. Los resumo, concentrando en ellos la atención.

Eres tú, oh Jesús mío, quien me habla y enseña esta verdad. Quiero reavivar y aumentar mi Fe en eso que me presentas como absolutamente cierto, porque está fundado en tu Veracidad.

Y tú, alma mía, no te canses de repetir: CREO. Sigue repitiéndolo con más fuerza. Como el niño que lee muchas veces la lección, repite tú también *muchas veces* que prestas tu adhesión a esa doctrina y a las consecuencias que tiene para ti en la Eternidad (14)... Oh Jesús mío, eso es cierto, absolutamente cierto. Lo creo. *Quiero* que ese rayo de Sol de la Revelación sea el faro que me guíe en el día de hoy. Dame una Fe más ardiente todavía.

Inspírame deseos vehementes de vivir de ese Ideal y una santa cólera contra cuanto se le oponga. Quiero *devorar* ese alimento de Verdad y asimilármelo.

Si, a pesar de ese avivamiento de la Fe que debo hacer durante algunos minutos permaneciere frío ante la verdad que se me presenta, no insistiré más. Te diré, mi buen Maestro, mi pena por esta impotencia mía, y te suplicaré que suplas a ella.

---

todos los días a su divino Interlocutor, hace una excelente oración, porque Dios suple a todo.

(14) Así se forman las firmes convicciones y se preparan los dones del espíritu de fe viva y de intuición sobrenatural.

Sitio

De la frecuencia y, sobre todo, de la energía de mis actos de Fe, verdadera participación en la Luz de la Inteligencia divina, dependerá el grado de amor de mi corazón, LENGUAJE DE LA CARIDAD AFECTIVA.

Las AFECCIONES, espontáneas o nacidas de mi voluntad, son flores depositadas por mi alma de niño, a los pies de Jesús que le habla: Adoración, gratitud, amor, alegría, adhesión a la voluntad divina y desprendimiento de lo demás, aversión, odio, temor, cólera esperanza y abandono.

Mi corazón escoge *uno o varios* de esos sentimientos y se penetra de ellos, expresándooslos, Jesús mío, y repitiéndolos *muchas veces* con ternura y lealtad y, sobre todo, con sencillez.

Si la *sensibilidad* me ofrece su concurso, lo acepto. Puede reportarme alguna utilidad, aunque no me es necesario. Un amor tranquilo y profundo es más seguro y de mayor fecundidad que las emociones superficiales, las cuales ni dependen de mí ni son el termómetro de la oración fructuosa y verdadera. Lo que *siempre depende de mí* y me importa sobre todo, es el *esfuerzo* para sacudir el embotamiento del corazón y obligarle a decir: Dios mío, *quiero* unirme a Vos. *Quiero* anonadarme en vuestra presencia. *Quiero* expresaros mi gratitud y la alegría que siento en cumplir vuestra voluntad. No quiero *mentir más,* al deciros que os amo y que detesto lo que Os hiere, etc.

Dentro de la lealtad de mis esfuerzos, mi corazón puede quedar frío y no expresar, sino tibiamente, sus afecciones. Entonces, Jesús mío, te expresaré con

toda ingenuidad mi humillación y mis deseos... Y prolongaré reflexivamente mis quejas, persuadido de que con estos gemidos que exhalo en tu presencia por mi esterilidad, adquiero un derecho especial a unirme de manera eficacísima, aunque seca, ciega y fría, a las afecciones de tu divino Corazón.

Qué bello es, Jesús mío, el Ideal que veo en Ti. Pero, ¿está mi *vida* en *armonía* con ese Ejemplar perfecto? Voy a *averiguarlo* bajo tu profunda mirada, oh divino Interlocutor, que eres ahora todo Misericordia, y serás Justicia estricta cuando me presente a Ti en el juicio particular, en que de un solo golpe de vista escrutarás los móviles más secretos de todos los actos de mi existencia.

¿Vivo de ese Ideal? Si muriera en este instante, ¿no encontrarías, oh Jesús mío, que mi conducta estaba en contradicción con él?

¿En qué puntos deseas, mi buen Maestro que me corrija? Ayúdame a descubrir los *obstáculos* que se oponen a que te imite: las *causas* internas o externas, y las *ocasiones* próximas o remotas de mis caídas.

La vista de mis miserias y dificultades me obliga, Redentor adorado, a expresarte con todo mi corazón, confusión, dolor, tristeza, amargo arrepentimiento, sed ardiente de portarme mejor, ofrecimiento generoso y sin reservas de mi ser. *Volo placere Deo in omnibus* (15).

---

(15) Quiero agradar a Dios en todas las cosas. Suárez resume en esta palabra el fruto de todos los tratados de ascética.

Estos actos del SITIO disponen al alma a la resolución de nada negar a Dios.

VOLO

Doy un nuevo avance en la escuela del QUERER. Es el LENGUAJE DE LA CARIDAD EFECTIVA. Las afecciones han despertado en mí el deseo de corregirme. Conozco los obstáculos que me lo impiden. Ahora me toca decir: *Quiero* vencerlos. El ardor con que diga y repita: QUIERO, depende, Jesús mío, de mi fervor en repetir: *Creo, amo, me arrepiento, detesto.*

Si alguna vez no pronuncio ese VOLO *con la energía que fuera de desear, oh mi buen Jesús, lamentaré esa falta de voluntad y, en lugar de perder aliento, no me cansaré de repetir cuánto deseo participar de la generosidad que tuviste en el servicio de tu Padre.*

A la resolución *general* que he formado de trabajar en mi satisfacción y en amor de Dios, agrego la de *aplicar* la oración que haga, a las dificultades, tentaciones y peligros *del día.* Pero mi empeño principal estriba en formar nuevamente, con un amor más vivo, LA RESOLUCIÓN (16) que constituye el objeto del examen particular (defecto que debo combatir; virtud que he de practicar). Y la robustezco con motivos sacados del Corazón del Maestro. Procediendo como verdadero estratega, determino los *medios* con los cuales podré asegurar su ejecución, previendo las ocasiones y preparándome a la lucha.

---

(16) Vale más la misma resolución durante meses enteros, o de unos ejercicios a otros. El Examen particular en forma de pequeño coloquio con Nuestro Señor completa la oración, y como nos hace ver nuestros avances o retrocesos, facilita extraordinariamente nuestros progresos.

Si me veo en una ocasión especial de disipación, inmortificación, humillación, tentación o decisión grave, procuraré estar vigilante, ser enérgico en cumplir mi deber y, sobre todo, me uniré con Jesús y acudiré a María.

Si, a pesar de esas precauciones, llegase a caer, ¡qué abismo existiría entre estas caídas por sorpresa y las otras! Atrás la cobardía; yo sé que doy gloria a Dios con la perpetua renovación de mis propósitos, para ser más decidido, para desconfiar de mí y para acudir a El en mis súplicas. El éxito no se logra sino a este precio.

VOLO TECUM

Exigir a un cojo que ande derecho, es menos absurdo que pretender ser santo sin Ti, oh Salvador mío (San Agustín).

¿Por qué mis resoluciones han quedado estériles, sino porque el *Omnia possum* no ha nacido del *In eo qui me confortat?* (17). Llego ya al punto, en cierto sentido, el *más importante* de mi oración: la SÚPLICA o el LENGUAJE DE LA ESPERANZA.

Nada puedo, oh Jesús mío, sin tu gracia. Por ningún título merezco esa gracia tuya. Pero sé que mis súplicas no te fatigan, antes determinan la medida de tu socorro y reflejan la sed que tengo de estar contigo, la desconfianza en mí y la confianza ilimitada, hasta loca, en tu Corazón. Como la Cananea me arrodillo a tus pies, oh Bondad infinita. Con su insistencia, toda esperanza y humildad, te pido no

(17) Todo lo puedo en Aquel que me conforta (Filip. IV. 13)

unas migajas, sino la verdadera participación en el festín de que has dicho: *Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre.*

La gracia me ha hecho miembro de tu Cuerpo místico, y así participo de tu Vida y méritos y oro por Ti, oh Jesús mío. ¡Padre Santo!, te suplico por la Sangre que grita misericordia. ¿Rechazarás mis plegarias? Elevo hasta Ti un grito de pordiosero, ¡oh riqueza inagotable! *Exaudi me, quoniam inops et pauper sum ego* (18). Revísteme de tu Fortaleza y glorifica tu Poder en mi debilidad. Tu Bondad, tus promesas y méritos, oh Jesús, juntamente con mi misericordia y mi confianza, son los únicos títulos de mi demanda para obtener, por mi unión contigo, la guarda del corazón y la fortaleza en el día de hoy.

Si apareciera algún obstáculo o tentación, o algún sacrificio que debo imponer a mis facultades, el texto o pensamiento que guardo en mi memoria como *Ramillete espiritual*, me hará respirar el perfume de la oración, que ha envuelto a mis resoluciones, y otra vez en este momento lanzaré el grito de la Súplica eficaz. Este hábito, fruto de mi oración, será también su piedra de toque: *A fructibus cognoscetis.*

* * *

Cuando llegare a VIVIR DE FE Y DE SED HABITUAL DE DIOS, el trabajo del *Video* quedará suprimido algunas veces; el *Sitio* y el *Volo* surgirán desde el principio de la oración que emplearé en producir afectos y ofrecimientos, en robustecer mis resolu-

(18) Escúchame porque soy pobre e indigente. (Sal. 85).

ciones y en suplicar ante Jesús directamente, o por medio de María Inmaculada, a los Angeles y Santos, una unión más íntima y constante con la Voluntad divina.

El Santo Sacrificio me espera. Me he preparado con la Oración. Mi participación en el Calvario en nombre de la Iglesia y la comunión que haga, serán como la continuación (19). En la acción de gracias

---

(19) La oración es el brasero donde se reaviva la guarda del corazón.

Los restantes ejercicios de piedad se vivifican cuando se es fiel a la oración. Poco a poco va adquiriendo el alma la vigilancia y el espíritu de oración, es decir, el hábito de recurrir a Dios con más frecuencia, a medida que el tiempo pasa.

La unión con Dios en la oración engendrará la unión íntima con El, aun en medio de las más absorbentes ocupaciones.

El alma que vive unida de esta manera a Dios Nuestro Señor por la guarda del corazón, se atraerá los dones del Espíritu Santo y las virtudes infusas, y tal vez Dios le llame a un grado más elevado de oración.

El excelente volumen de Dom Vital Lehodey, titulado "Los caminos de la oración mental", precisa muy bien lo que se requiere para que el alma vaya subiendo por los diversos grados de oración, y fija las reglas para discernir si una oración elevada es un verdadero don de Dios, o fruto de la ilusión.

Antes de hablar de la oración afectiva, que es el primer grado de las más elevadas oraciones a las cuales Dios no llama ordinariamente sino a las almas "que llegaron" a la guarda del corazón por medio de la meditación, El P. Rigoleuc, S. J., en su libro tan estimado "Obras espirituales", indica diez maneras de dirigirse a Dios, cuando al cabo de algunos "ensayos serios" uno se encuentra en la imposibilidad moral de hacer la meditación con los puntos preparados la víspera.

Resumiremos al piadoso autor:

1.ª MANERA.—Tomar un libro espiritual ("El Nuevo Testamento o la Imitación"), leer a trozos algún pasaje, meditar unos momentos lo que acaba de leerse, sacarle el sentido y grabarlo en la memoria. Actuarse en santos afectos de amor de Dios o en algunas penitencias, y proponerse poner en práctica en el momento oportuno las virtudes sugeridas por la meditación.

2.ª MANERA.—Tomar algún pasaje de la Sagrada Escritura o alguna oración vocal, como el Ave María, el Padre Nuestro o el Credo; decirlo; detenerse en cada palabra, formar algunos

extenderé mis súplicas a los intereses de la Iglesia, a las almas que se me han encomendado, a los difuntos, a mis pobres, parientes, amigos, bienhechores, enemigos, etc.

---

sentimientos de piedad, deteniéndose en ellos mientras se siente gusto.

Como terminación, pedir a Dios alguna gracia o virtud, según lo que se haya meditado.

No detenerse mucho en una palabra cuando se hace con esfuerzo o fastidio; si empieza la fatiga, pasar a otra palabra. Si algún sentimiento especial invade el corazón, detenerse mientras dura, sin hacer esfuerzo por pasar adelante. No es necesario cambiar constantemente de materia; basta detenerse en la presencia de Dios rumiando en silencio las palabras que se han meditado, o saboreando los sentimientos que han producido en nuestro corazón.

3.ª MANERA.—Cuando la materia preparada no da bastante de sí para una meditación, hacer actos de fe, adoración, acción de gracias, esperanza, amor, etc., desarrollándolos lo que se quiera y deteniéndose a gustarlos.

4.ª MANERA.—Cuando no se sabe qué meditar, ni se pueden sacar afectos (impotencia y esterilidad), manifestar al Señor la intención de hacer actos de contrición, por ejemplo, como veces se respire; o de pasar las cuentas del rosario, o de rezar alguna oración breve.

Renovar esta confesión de tiempo en tiempo. Si Dios sugiere algún buen otro sentimiento, recibirlo con humildad y detenerse en él.

5.ª MANERA.—En las penas y sequedades, si uno se siente estéril o impotente para pensar u obrar, abandonarse al sufrimiento con generosidad, sin inquietarse ni hacer esfuerzos para sacudirlo, contentándose con el abandono de sí mismo en las manos de Dios para sufrir esta prueba y cuantas le pluguiere enviar.

6.ª MANERA.—Hacer un examen del propio espíritu.—Reconocer sus defectos, pasiones, flaquezas, debilidades, impotencia, miseria, su propia nada.—Adorar los juicios de Dios en relación al estado en que uno se encuentre.—Someterse a su santísima voluntad.—Bendecirle en los castigos de su justicia y en los favores de su misericordia.—Humillarse ante su Soberana Majestad.—Hacer ante El una sincera confesión de las infidelidades y pecados, pidiéndole perdón.—Retractar los juicios falsos y errores.—Detestar todo el mal que se ha hecho y hacer propósito de corregirse en adelante.

Esta oración es enteramente libre y admite toda suerte de afectos; puede hacerse en cualquier tiempo, en especial tras

El rezo de las distintas horas del Breviario en unión con la Iglesia por Ella y por mí, las jaculatorias frecuentes y encendidas, las comuniones espirituales, el examen particular, la visita al Santísimo, la lectura espiritual, el rosario, el examen general,

---

algún accidente inesperado, para someterse a los castigos de la divina justicia, o, después de las dificultades de la acción, para recogerse.

7.ª MANERA.—Representarse con viveza los novísimos.—Considerarse en el momento de la agonía entre el tiempo y la eternidad—entre la vida pasada y el juicio de Dios.—¿Qué quisiera yo haber hecho?—¿Cómo desearía haber vivido?—Dolor que estos pensamientos producirán.—Acordarse de los pecados, contravenciones y abusos de las gracias.—¿Cómo hubiera querido uno conducirse en tal o cual ocasión?—Proponerse remediar con toda eficacia lo que pone temor en el alma.—Imaginarse—enterrado, en putrefacción, olvidado de todos—ante el Tribunal de Jesucristo—en el Purgatorio—en el infierno.

Cuanto más vivas son estas representaciones, más provechosa resulta la oración. Esta muerte "mística" es necesaria para "desprenderse el alma de la carne"; "descansar" el espíritu y resucitar, es decir, libertarse de la corrupción de los vicios. Es necesario pasar por este purgatorio para llegar a gozar de Dios en esta vida.

8.ª MANERA.—Aplicar el espíritu a Jesucristo en el Santísimo Sacramento. Saludar a Nuestro Señor en el Sacramento con todo el respeto que exige su presencia real, unirse a él y a todas sus divinas operaciones en la Eucaristía, en la cual no cesa de adorar, alabar y amar a su Eterno Padre en nombre del género humano, en estado de víctima.

Imaginar su recogimiento, vida oculta, desasimiento de todo, obediencia, humildad, etc. Excitarse e imitarlo en todo esto, haciendo el propósito de cumplirlo en cuantas ocasiones se presenten.

Hacer al Padre el ofrecimiento de Jesucristo, única víctima digna de El, por medio de la cual podemos darle el homenaje que le corresponde, agradecerle los beneficios que nos ha dispensado, satisfacer a su justicia y obligar a su misericordia a que nos socorra. Hacerle el ofrecimiento de nosotros mismos estando dispuestos a sacrificarle el ser, la vida y nuestras ocupaciones.

Ofrecerle algún acto de virtud que nos disponemos a practicar; alguna mortificación que vamos a hacer para vencernos y todo ello uniéndonos a los mismos fines que tuvo Jesucristo para inmolarse en el Santísimo Sacramento. Hacer esta obla-

etcétera, serán los jalones de mi camino, activarán mis fuerzas y conservarán el aliento que tomé a la mañana, para que ninguno de los actos que ejecutare en el día escape a la acción de Nuestro Señor. Gracias a este aliento, el RECURSO FRECUENTE en un principio, y más tarde HABITUAL a Jesús, ya directo, ya por medio de su Madre, hará que cese la contradic-

---

ción con deseo ardiente de aumentar, dentro de nuestras posibilidades, la gloria que él da a su Padre en este augusto misterio

Acabar con la comunión espiritual.

Esta es una oración excelente, sobre todo en las visitas al Santísimo. Familiarizarse con ellos, porque nuestra felicidad en este mundo depende de nuestra unión con Jesucristo en el Santísimo Sacramento.

9.ª MANERA.—Se practica en nombre de Jesucristo.—Excita nuestra confianza en Dios y nos hace entrar en el espíritu y sentimientos de Nuestro Señor.

Está fundada en la alianza que tenemos con el Hijo de Dios, siendo sus hermanos y miembros de su Cuerpo místico, y en que nos ha hecho cesión de todos sus méritos, legándonos todas las recompensas que le debe su Padre por sus trabajos y muerte. En virtud de esto estamos capacitados para honrar a Dios con un culto digno de El, y tenemos derecho a trabajar con Dios y exigirle sus gracias de alguna manera a título de Justicia.—No es que tengamos este derecho como criaturas que somos, y menos como pecadores, porque hay una desproporción infinita entre Dios y las criaturas y una oposición infinita entre Dios y los pecadores.

Pero como aliados del Verbo encarnado, como hermanos y miembros suyos podemos presentarnos delante de Dios con confianza, tratar familiarmente con El y obligarle a escuchar favorablemente nuestras súplicas y a concedernos sus gracias, a causa de la alianza y de la unión que tenemos con su Hijo. Por consiguiente, presentarse ante Dios para adorarle o amarle o alabarle por Jesucristo que ejecuta sus operaciones en nosotros como la cabeza en los miembros y por su espíritu nos eleva a un estado enteramente divino. Presentarse ante El para pedirle algún favor en virtud de los méritos de su Hijo. Y para esto, representarse los servicios que este Hijo amantísimo le ha prestado, su vida, muerte y sufrimientos, cuya recompensa nos corresponde a nosotros exclusivamente porque El nos la traspasó.

Con este espíritu, rezar el Oficio divino.

10.ª MANERA.—Atención sencilla a la presencia de Dios y meditación.

ción existente entre la admiración que siento por su doctrina y mi vida de emancipación; entre mi piedad y mi conducta.

* * *

Ahora reprimimos nuestro corazón que, en su deseo de ser útil a los hombres de obras, quisiera consagrar aquí una atención especial al EXAMEN PARTICULAR. Alargaríamos demasiado este volumen si realizáramos este pensamiento y, sin embargo, de la lectura de Casiano y de otros Padres de la Iglesia, como también de San Ignacio de Loyola, San Francisco de Sales y San Vicente de Paúl, resulta que los Exámenes particular y general son corolarios *obligados* de la Oración y tiene relación con la *Guarda del corazón.*

De acuerdo con su director, el alma está resuelta a vigilar, durante la oración *más directamente,* y después, en el transcurso del día, *un defecto* o *una virtud,* que son el manantial de otros defectos o de otras virtudes.

A veces, un carro es arrastrado por varias caballerías. El conductor las sigue a todas con los ojos. Pero en el centro del tiro va una a la cual el conductor atiende con cuidado especial, porque sabe que,

---

Antes de comenzar la meditación de los puntos preparados, ponerse en la presencia de Dios, sin otros pensamientos ni sentimientos que los de respeto y amor de Dios que nos inspira su presencia.—Contentarse con el estado de silencio ante Dios, en esta quietud del espíritu, mientras se sienta gusto en ella. A continuación, hacer la meditación en la forma acostumbrada.

Es muy bueno comenzar así la meditación, y muy útil hacerlo al terminar cada uno de sus puntos. Así queda uno en el recogimiento interior.—Y se acostumbra a tener el espíritu fijo en evitar que esa quietud sea originada por pura pereza o por ahorrarse el esfuerzo de la meditación.

si se detiene o apresura excesivamente, las otras se desvían.

El análisis que hacemos de nuestra alma por medio del examen particular, para ver si avanzamos, retrocedemos o estamos parados, en *un punto bien determinado*, no es otra cosa que un elemento de la guarda del corazón.

3. La Vida Litúrgica

Manantial de Vida interior y, por tanto, de Apostolado

RESOLUCION DE VIDA LITURGICA

Con la Misa que celebro, el Breviario y las demás Funciones litúrgicas, quiero, como Miembro o Embajador *de la Iglesia, unirme cada vez más a su Vida y revestirme mejor de Jesús, y de Jesús Crucificado, sobre todo si soy* Ministro suyo.

I. ¿Qué es la Liturgia?

Oh Jesús mío, te adoro como Centro que eres de la Liturgia. Tú das unidad a esa Liturgia que puedo definir: el culto *público, social y oficial* que la Iglesia da a Dios, y también: El conjunto de medios que la Iglesia ha establecido, con especialidad en el Misal, el Ritual y el Breviario, con los cuales expresa su Religión para con la Santísima Trinidad, e instruye y santifica las almas.

Tú, alma mía, has de contemplar en el Seno mismo de la Santísima Trinidad la LITURGIA ETERNA, mediante la cual las tres Personas se cantan entre sí, la Vida divina y la santidad infinita, en ese himno inefable de la Generación del Verbo y de la Procesión del Espíritu Santo. *Sicut erat in principio...*

Dios ha querido ser alabado fuera de sí. Creó los ángeles y en el cielo resuenan sus aclamaciones, cuando dicen *Sanctus, Sanctus, Sanctus*. Ha creado el mundo visible, que entona un himno a su poder: *Coeli enarrant gloriam Dei.*

Aparece Adán y comienza a entonar en nombre de la creación entera el himno de alabanzas, eco de la Liturgia Eterna. Abel, Noé, Melquisedec, Abraham, Moisés, el Pueblo escogido de Dios, David y todos los Santos del Antiguo Testamento, lo cantan a porfía. La Pascua de los Israelitas, los sacrificios y holocaustos y el culto solemne a Jehová en su templo, le dan una forma oficial. Himno imperfecto, sin duda, sobre todo después de la caída: *Non est speciosa laus in ore peccatoris* (20).

Sólo tú, Jesús, mío, eres el himno perfecto, por ser la gloria verdadera del Padre. Nadie puede glorificarlo dignamente, sino por ti. *Per Ipsum et cum Ipso et in Ipso est tibi Deo Patri... omnis honor et gloria* (21). Tú eres el LAZO DE UNIÓN entre la Liturgia y la tierra y el cielo, a la cual asocias directamente a tus elegidos. Tu Encarnación ha unido de una manera *sustancial y viviente*, la humanidad y

---

(20) La alabanza no es bella en los labios del pecador. (Eccl. XV, 9).

(21) Por El, con El y en El, todo honor y toda gloria te son dadas, oh Dios Padre. (Canon de la Misa).

la creación entera con la Liturgia divina. Así, Dios alaba a Dios. Alabanza plena y perfecta que tiene su apogeo en el Sacrificio del Calvario.

Antes de dejar la tierra, divino Salvador, instituíste el Sacrificio de la Nueva Ley para renovar tu inmolación. Has instituído también los Sacramentos, para comunicar tu Vida a las almas.

Pero dejaste a la Iglesia el encargo de *envolver* el Sacrificio y los Sacramentos en símbolos, ceremonias, exhortaciones y oraciones, etc., para dar un honor mayor al misterio de la Redención, facilitando a los fieles su comprensión, ayudándoles a sacar provecho de él y excitando en sus almas un respeto mezclado de temor.

Has dado también a esa Iglesia la misión de *continuar*, hasta la consumación de los siglos, la oración y la alabanza que tu Corazón no ha cesado de elevar a tu Padre durante tu vida mortal, y que aún les ofrece incesantemente en el Tabernáculo y en los esplendores de la gloria celestial.

Con el amor de Esposa que te profesa, con la solicitud de Madre que tu Corazón puso en ella para con nosotros, la Iglesia ha realizado esta doble misión. Así se han formado esas maravillosas compilaciones que encierran todos los tesoros de la Liturgia.

Desde entonces, la Iglesia une sus alabanzas a las que los Angeles y los elegidos, hijos suyos, dan a Dios en el Cielo. *Así preludia su ocupación eterna.*

Estas alabanzas y plegarias de la Iglesia *se divinizan*, por unirse con las del Hombre-Dios, y la liturgia de la tierra viene a fundirse con las de las

jerarquías celestes en el Corazón de Jesús, para hacer eco en la Alabanza eterna que brota del Foco de amor infinito que es la Santísima Trinidad.

II. ¿Qué es la Vida Litúrgica?

¡Señor, las leyes que tu Iglesia no me piden *estrictamente,* sino la fiel observación de los ritos y la pronunciación exacta de las palabras!

Pero no hay duda de que *deseas que mi buena voluntad te ofrezca algo más.* Quieres que mi espíritu y mi corazón *se aprovechen* de las riquezas encerradas en la Liturgia, para unirse más íntimamente a tu Iglesia, y llegar así a una unión más estrecha contigo.

Arrastrado por el ejemplo de tus más fieles servidores, quiero, mi buen Maestro, apresurarme a tomar asiento en el rico festín a que me convida la Iglesia, seguro de encontrar en el Oficio divino y en las fórmulas, ceremonias, colectas, epístolas, evangelios, etc., que acompañan al Santo Sacrificio de la Misa y a la administración de los Sacramentos un *alimento sano y abundante para el desarrollo de mi vida interior.*

Algunas reflexiones sobre la idea madre que relaciona entre sí los elementos litúrgicos, y sobre los frutos que servirán para reconocer mis progresos, me preservarán de las falsas ilusiones.

* * *

Cada uno de los ritos sagrados puede compararse a una piedra preciosa. Pero ¡qué brillo y valor adquirirán los que se refieren a la Misa y al Oficio di-

vino, si sé engastarlos en ese conjunto maravilloso que se llama el Ciclo litúrgico! (22).

Si mi alma, durante un lapso de tiempo, se deja influir por un Misterio, y alimenta la inteligencia y el corazón de cuanto la Sagrada Eucaristía y la Tradición enseñan sobre él, orientada constantemente en el *mismo orden de ideas,* ha de sentir forzosamente la influencia de una tal atención, y encontrar en los sentimientos que le sugiere la Iglesia un alimento sabroso y sustancial para provecharse de la *gracia especial* que Dios reserva para cada período y fiesta de Ciclo litúrgico.

El misterio no se limita a penetrar en mi alma como una verdad abstracta, asimilable por medio de la meditación, sino que se *apodera de todo mi ser,* poniendo en movimiento mis facultades sensibles para moverme el corazón, determinando mi voluntad a la acción.

No se reduce, pues, a un sencillo recuerdo del pasado ni a un simple aniversario, sino que es un hecho, que tiene el carácter de *un acontecimiento presente, que la glesia se aplica actualmente* y en el cual tiene una participación real.

---

(22) La Iglesia, inspirada por Dios e instruída por los Apóstoles, ha dispuesto el año de forma que, con la vida, misterios y doctrina predicada por Jesucristo, se encuentra en él el verdadero fruto de todas esas cosas, en las admirables virtudes de sus servidores y en los ejemplos de sus Santos y al mismo tiempo en un compendio del Antiguo y Nuevo Testamento y de toda la Historia eclesiástica. De ahí que todas las épocas del año litúrgico son provechosas para los cristianos, y todo se encuentra lleno de Jesucristo... En esa variedad que conspira hacia la unidad tan recomendada por Jesucristo, el alma inocente y piadosa encuentra un placer celestial y alimento sólido, perpetuamente renovado del fervor (Bossuet. Orac. fun. de María Teresa de Austria).

En la época de Navidad, por ejemplo, al celebrar el advenimiento del Divino Niño, mi alma puede decir al pie del altar: *Hodie Christus natus est; hodie Salvator apparuit, hodie in terra canunt Angeli* (23).

En cada uno de los períodos del Ciclo Litúrgico, el Misal y el Breviario me descubren una nueva irradiación del amor de Aquel que es nuestro Rey, Doctor, Médico, Consolador, Salvador y Amigo. En el altar, del mismo modo que en Belén, Nazaret o a orillas de Tiberíades, Jesús se nos muestra como Luz, Amabilidad, Ternura y Misericordia, y sobre todo como el AMOR PERSONIFICADO, porque es el SUFRIMIENTO PERSONIFICADO, el Agonizante de Getsemaní y el Reparador del Calvario.

Así, la Vida Eucarística adquiere, por medio de la Liturgia, su pleno desarrollo. Y tu Encarnación, ¡oh Jesús mío!, que ha hecho que Dios se nos acerque, al mostrarlo visible en Ti, continúa prestándonos el mismo servicio en cada uno de los misterios que celebramos.

De este modo, ¡oh Jesús mío!, comparto, gracias a la Liturgia, *Tu vida y la de la Iglesia*. Con ellas asisto todos los años a todos los Misterios de tu Vida oculta, pública, dolorosa y gloriosa, recogiendo los frutos de estas vidas tuyas. Además, las fiestas periódicas de Nuestra Señora y de los Santos que mejor imitaron tu Vida interior, me ofrecen con tu ejemplo un aumento de luz y fuerza para reproducir en mi conducta tus virtudes e inculcar en el alma de los fieles el espíritu del Evangelio.

---

(23) Hoy ha nacido Jesucristo; hoy ha aparecido el Salvador, hoy cantan los Angeles en la Tierra (Oficio de Navidad).

¿Cómo realizaré en mi Apostolado los deseos del Papa Pío X, y cómo podrán los fieles, con mi concurso, participar activamente de los Santos Misterios y de la Oración Pública y solemne de la Iglesia, que es, según el Papa, el MANANTIAL PRIMERO E INDISPENSABLE del verdadero espíritu cristiano (24), si yo mismo paso junto a los tesoros de la Liturgia sin sospechar siquiera las maravillas que encierran?

Para mejor unificar mi vida espiritual y tener una unión más íntima con la vida de la Iglesia, procuraré relacionar en lo posible con la Liturgia mis ejercicios de piedad. Por ejemplo, escogeré aquellos puntos de meditación que estén en relación con tal período o fiesta del Ciclo litúrgico; en las Visitas que haga al Santísimo reflexionaré, según la época del año, en el Niño Jesús, en su pasión, en su vida gloriosa o en su vida en la Iglesia, etc. *La lectura espiritual* hecha sobre un Misterio o la vida de un Santo en el día de su fiesta, completarán este plan dė espiritualidad litúrgica.

* * *

¡Maestro adorable!, presérvame de las FALSIFICACIONES O ALTERACIONES DE LA VIDA LITÚRGICA, porque son perjudiciales a toda vida interior, sobre todo en cuanto atenúan el combate espiritual.

Presérvame de esa piedad que hace consistir la Vida litúrgica en una poesía sugestiva, o en el estudio ameno de la arqueología; presérvame de la piedad que pudiera inclinarme al *quietismo* y a su secuela, que es la debilidad y cobardía para todo lo que

(24) Motu Propio de Pío X, del 22 de noviembre de 1903.

es el aguijón de la vida espiritual: temor, esperanza, deseo de salvarme y adquirir la perfección, lucha contra los defectos propios y trabajo por adquirir la virtud.

Haz que arraigue en mí la convicción de que en esta época de tantas ocupaciones que nos absorben con tantos peligros, la Vida litúrgica, aun la más perfecta, *no pueden dispensar a nadie de la Oración de la mañana.*

Aleja de mí el *Sentimentalismo y la "Sensiblería piadosa"*, que hacen consistir la Vida litúrgica en impresiones y emociones, dejando a la voluntad esclava de la imaginación y la sensibilidad.

Esto no significa que tú me exijas que sea insensible a la belleza y poesía de la Liturgia. Al contrario. Precisamente con sus cantos y ceremonias, tu Iglesia se dirige a nuestras facultades sensitivas para apoderarse más plenamente del alma de sus hijos y ofrecer a su *voluntad* los verdaderos bienes, elevándolos así con más seguridad y más facilidad y más totalmente a Dios.

Por consiguiente, puedo perfectamente saborear la saludable e inalterable frescura de los Dogmas que la Liturgia pone de relieve; puedo entregarme a la emoción de ese majestuoso espectáculo que ofrece una Misa mayor; saborear las oraciones de la absolución, y los ritos tan tiernos del Bautismo, Extremaunción, inhumación, etc., pero sin perder de vista que todos esos recursos de la Liturgia no son sino medios para alcanzar el *fin único* de toda vida interior que es: *Hacer que muera el hombre viejo*

para que tú, ¡oh Jesús mío!, puedas vivir y reinar en su lugar.

Conclusión última: Yo podré decir que poseo la verdadera Vida litúrgica, cuando, penetrado del espíritu litúrgico, utilice la Misa, Oraciones y Ritos Oficiales para acrecentar mi unión con la Iglesia; para que este acrecentamiento me haga progresar en la participación de la Vida interior de Jesucristo y de sus virtudes, y para mejor reflejarlo a los ojos de los fieles.

III. Espíritu litúrgico

Esta vida litúrgica, ¡oh Jesús mío!, supone una atracción especial por cuanto se relaciona con el culto.

Tú das gratuitamente esta atracción a quienes te place. Otros son menos privilegiados. Pero la lograrán, como te la pidan, ayudándose con el estudio y reflexión. La meditación que haga más adelante sobre las ventajas de la Vida litúrgica, avivará en mí la sed de adquirirla a todo precio. Por ahora me limito a reflexionar sobre los caracteres que distinguen a esta Vida y le dan un lugar importante en la espiritualidad.

* * *

Sólo el unirse, aunque sea de lejos, con la Iglesia y, por medio del pensamiento y la intención, con tu Sacrificio, ¡oh Jesús mío!, y fundir las propias oraciones con la Oración oficial e incesante de tu Iglesia, ¡qué cosa más grande es! El corazón del simple bau-

tizado vuela entonces con más seguridad hacia Dios, llevado por tus alabanzas, adoraciones, acciones de gracias, reparaciones y súplicas (25).

Tomar una *parte activa,* según las palabras taxativas del Papa Pío X, y *cooperar a los Santos Misterios y a la Oración pública y solemne* por medio de una asistencia piadosa e ilustrada y por la avidez en aprovecharse de las fiestas y ceremonias, y mejor todavía ayudando a Misa, respondiendo al celebrante y prestando su concurso al rezo o canto del Oficio divino, ¿no es acaso el medio de entrar en comunicación más directa con el pensamiento de tu Iglesia y tomar en su fuente primera e indispensable el verdadero espíritu cristiano? (26).

Pero, ¡oh, Santa Iglesia, qué noble misión es la de quien, en virtud de su ordenación o de la profe-

---

(25) Unirse a la oración de otro puede conducir a un estado avanzado de oración. Testigo, aquel aldeano que se ofreció a llevar los equipajes de San Ignacio y sus compañeros. Cuando los Padres llegaban a un mesón y se recogían en una habitación apartada para orar, él se ponía de rodillas como ellos. Un día le preguntaron qué hacía cuando se arrodillaba con ellos. "No hago otra cosa, les respondió, que decir: "Señor, estos hombres son unos santos y yo soy una bestia de carga; yo quiero hacer lo que ellos. Esto es lo que le ofrezco al Señor". (Cf. Rodríguez. Perf. crist. 1.ª parte, tratado 5.º, capítulo XIX).

Si aquel hombre con aquel ejercicio constante llegó a sobresalir en la oración y en la espiritualidad, a "fortiori", todo hombre, aunque sea un analfabeto, podrá sacar un gran provecho uniéndose a la vida litúrgica de la Iglesia.

Un Hermano Converso de Claraval cuidaba de un rebaño, la noche de la Asunción. Procuró unirse lo mejor que pudo rezando el Ave María, al rezo de los Maitines de los Monjes, que aunque débilmente, oía desde el lugar en que se hallaba. Dios reveló a San Bernardo que la humilde y sencilla devoción del Hermano le había sido más agradable que las de los fervorosos Monjes (Exordium magnum Ord. Cisterc. Distinct., cuarta, c. XIII).

(26) Motu propio de Pío X, 22 noviembre 1903.

sión religiosa se presenta todos los días, unido a los Angeles y Bienaventurados, como tu *Embajador* de derecho ante el trono de Dios para expresar la Oración oficial!

Y esta dignidad es incomparablemente más sublime, y por encima de toda expresión, cuando yo, Ministro sagrado, me hago *otro Tú mismo,* ¡oh divino Redentor mío!, en virtud de la administración de los Sacramentos y, sobre todo, de la celebración del Santo Sacrificio de la Misa.

PRIMER PRINCIPIO. — Como MIEMBRO DE LA IGLESIA, *debo tener la convicción de que cuando* EN MI CALIDAD DE CRISTIANO (27) *tomo parte en una ceremonia litúrgica, estoy en unión con toda la Iglesia, no sólo por la Comunión de los Santos, sino en virtud de una cooperación real y activa en un acto de religión que la Iglesia, Cuerpo místico de Jesucristo, ofrece a Dios como Sociedad. Y con esta unión, la Iglesia me facilita, con espíritu maternal, la formación de mi alma en las virtudes cristianas* (28).

---

(27) El sacerdote y el mismo pontífice, cuando sin ejercer función alguna asisten a una ceremonia para su provecho espiritual, lo hacen como el simple fiel, en virtud de su carácter de cristianos.

(28) Comprenderemos mejor el poder que tiene la liturgia para hacernos vivir de la gracia de facilitarnos la Vida interior, si recordamos que toda oración oficial y toda ceremonia instituída por la Iglesia lleva consigo una fuerza irresistible de impetración, "per se efficacissima". Entonces la potencia que actúa para el logro de una gracia no es sólo el "gesto individual", es decir, la oración aislada de un alma por excelentemente dispuesta que se halle; es también el "gesto de la Iglesia", que suplica con nosotros; es, en fin, la voz de la Esposa amantísima, que alegra el corazón de Dios, siendo escuchada "de cualquier manera".

Resumiendo lo que antecede en dos palabras diremos que el poder de impetración que tiene la oración litúrgica se compone

Tu Iglesia, ¡oh Jesús mío!, forma una Sociedad perfecta cuyos miembros, estrechamente unidos, están destinados a formar otra Sociedad más perfecta todavía y más santa: la de los Bienaventurados.

Como cristiano, soy miembro de ese Cuerpo y Tú eres la *Cabeza y la Vida. Así me consideras,* ¡oh divino Salvador!, y yo te procuro una alegría especial cuando, acercándome a Ti, te considero como mi Señor, y yo me veo como una ovejita de ese Rebaño, del que eres el único Pastor, que encierra en su unidad a todos mis hermanos de la Iglesia Militante, Purgante y Triunfante.

Tu Apóstol me enseña esta doctrina que me ensancha el alma y dilata mi espiritualidad. *De la manera, dice, que en un cuerpo tenemos muchos miembros, mas todos los miembros no tienen una misma operación, así muchos somos un solo cuerpo de Cristo, y cada uno miembros los unos de los otros* (29). *Así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, aunque sean muchos, son, no obstante, un solo cuerpo, así también Cristo* (30).

Es la unidad de la Iglesia indivisible en el todo y en las partes, toda entera en la totalidad, como en cada una de sus partes (31), unida con el Espíritu

---

de dos elementos: el "opus operantis" del alma, la cual utiliza el GRAN SACRAMENTAL de la Liturgia y el "opus operantis Ecclesiae". Las dos acciones, del alma y de la Iglesia, son como dos fuerzas combinadas que en un mismo ímpetu son impulsadas hacia Dios.

(29) Rom. XII, 4 y 5.

(30) 1.ª Cor. XII, 12.

(31) Cada uno de los fieles es a manera de una Iglesia menor, cuando, salvo el misterio de la unidad, un hombre recibe todos los sacramentos de la Redención humana. (S. Pedro Damián, Opusc. XI, cap. X). (Pat. lat. t. CXLV col. 239)

Santo y contigo, ¡oh Jesús nuestro!, e introducida en virtud de esta unión, en la única y eterna Sociedad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (32).

La Iglesia es la reunión de los fieles que, bajo el gobierno de la *misma* autoridad, están unidos con una misma *Fe* e idéntica *Caridad* y tiende al mismo fin, que es la INCORPORACIÓN EN CRISTO, por los mismos medios que se resumen en la *gracia*, cuyos *canales* ordinarios son la *oración* y los *Sacramentos*.

La gran oración, canal preferido de la gracia, es la *oración litúrgica*, es decir, la oración de la misma Iglesia, que es *más poderosa* que la de los particulares y de las mismas asociaciones piadosas, por eficaces y recomendables que sean en el Evangelio, la oración particular y la oración en común (33).

Por estar incorporado a la verdadera Iglesia, y ser hijo de Dios y miembro de Cristo en virtud del Bautismo, he adquirido el *derecho* de participar en los demás sacramentos, en los divinos oficios, en los frutos de la Misa, en las indulgencias y en las oraciones de la Iglesia. Puedo beneficiarme con todas las gracias y méritos de mis hermanos.

En el Bautismo quedé marcado con un carácter indeleble que *me destina al culto de Dios, según el rito de la religión cristiana* (34). En virtud de la con-

---

(32) S. Pedro Damián, citado por Dom Grea; La Sagrada Liturgia, p. 51.

(33) San Ignacio. Epist. a los Efes. n. 5. San Alfonso de Ligorio prefería una oración del Breviario a cien oraciones privadas.

(34) Charactere sacramentali insignitur homo ut ad cultum Dei deputatus secundum ritum Christianae religionis. (Cardenal Billot, De Ecclesiae Sacrament. t. I, tes, 2).

sagración bautismal, me constituyo en miembro del reino de Dios y formo parte de la *raza escogida, del sacerdocio real y del pueblo santo* (35).

Desde entonces participo *como cristiano* en el sagrado ministerio, aunque de un modo lejano e indirecto, por mis oraciones, por la parte que tengo en la ofrenda y por mi concurso al sacrificio de la Misa y a los oficios litúrgicos; y multiplicado con la práctica de las virtudes, como lo recomienda San Pedro, los sacrificios espirituales, ejecutando todos mis actos, para mayor agrado de Dios y para unirme con El, haciendo de mi cuerpo una hostia viva, santa y agradable a Dios (36). Es lo que tú, Iglesia Santa, me haces comprender cuando por medio del sacerdote dices a los fieles: *Orate fratres ut meum ac vestrum sacrificium acceptabile fiat...* El sacerdote dice también en el Canon: *Acuérdate, Señor, de los aquí presentes... por quienes te ofrecemos o te ofrecen este sacrificio de alabanza.* Y más adelante: *Dignate, Señor, aceptar esta ofrenda que te presenta tu servidor y toda tu familia* (37).

---

(35) Vos autem, genus electum, regale sacerdotium, gens sancta, populus acquisitionis. (I Petr. II, 9).

(36) Sacerdotium sanctum offerre spirituales hostias, acceptabiles Deo per Jesum Christum (I Petr. II, 5). En este sentido dice San Ambrosio: Omnes filii Ecclesiae sacerdotes sunt; ungimur enim in Sacerdotium sanctum, offerentes nosmetipsos Deo hostias spirituales. (In Lucam. lib. IV, n. 33. Pat. lat. t. XV, col 1645). Sicut omnes christianos dicimus, propter mysticum Chrisma; sic omnes sacerdotes, quoniam membra sunt unius Sacerdotis. (S. Agust. De civit. Dei, 1, XX, capítulo X. Pat. lat. t. XLI, col. 676).

(37) Memento Domine... et omnium circunstantium pro quibus tibi offerimus vel qui tibi offerunt hoc sacrificium laudis. Hanc igitur oblationem servitutis nostrae sed et cunctae familiae tuae quaesumus, Domine ut placatus accipias. (Canon de la Misa). "Todos nosotros hacemos la ofrenda con el sacerdote, y consentimos en todo lo que hace y en todo lo que dice. ¿Qué

En efecto, de tal modo la Sagrada Liturgia es la *obra común de toda la Iglesia,* es decir, del sacerdocio y del pueblo, que el misterio de esta unidad está simpre presente en ella, por la fuerza indestructible de la *Comunión de los Santos*, propuesta a nuestra Fe en el Símbolo de los Apóstoles. El Oficio divino y la Santa Misa, parte principal de la Liturgia, no pueden realizarse sin que la Iglesia entera se asocie a ellos, estando misteriosamente presente a los mismos (38).

Además, en la Liturgia *todo se hace en común, en nombre de todos y para el bien de todos.* Todas las oraciones se hacen en plural.

De esa estrecha lazada que une a todos los miembros entre sí, por la misma fe y la participación en los mismos sacramentos, nace en las almas la *caridad fraterna,* marca distintiva de los que quieren imitar a Jesucristo y seguir sus pasos: *En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si tuviereis caridad entre vosotros* (39).

Esta unión entre los miembros de la Iglesia se hace más estrecha por la participación que la Comunión de los Santos les confiere en la gracia y caridad

---

dice, pues?—Rogad, hermanos míos, para que mi sacrificio, que es también vuestro, sea agradable a los ojos de Dios Padre".—¿Y qué le respondéis vosotros?—Que el Señor lo reciba de vuestras manos.—¿Qué?—Mi sacrificio que es también vuestro.— ¿Y qué más dice el sacerdote?—Acuérdate de tus siervos por quienes te ofrecemos.—¿Nada más?—Sigue diciendo: "O que te ofrecen este sacrificio". Ofrecemos, pues, con él. Ofrecemos a Jesucristo; nos ofrecemos también a nosotros mismos con toda la Iglesia católica, extendida por toda la Tierra. (Bossuet, Meditaciones sobre el Evangelio. La Cena, primera parte, día LXIII).

(38) San Pedro Damián, citado por Dom Grea: La Sagrada Liturgia, p. 51.

(39) Juan, XIII, 32.

de la Cabeza, la cual les comunica la vida sobrenatural y divina.

Estas verdades son el *fundamento* de la Vida litúrgica. Ella, por su parte, *me las recuerda constantemente.*

¡Cómo enciende en mi corazón el amor hacia ti, Santa Iglesia de Dios, este pensamiento: *Yo soy uno de tus miembros; soy miembro de Cristo!* ¡Cómo inflama mi corazón en el amor de todos los cristianos, pues que ellos son mis hermanos, y que todos no somos sino una cosa en Cristo! ¡Y cómo lo enciende en el amor de mi divina Cabeza, que es Jesucristo!

Nada de cuanto os afecta puede dejarme indiferente. Entristecido si os perseguí, salto de gozo al escuchar vuestras conquistas y vuestros triunfos.

¡Qué alegría pensar que con mi santificación contribuyo a aumentar vuestra hermosura y trabajo en la santificación de todos los hijos de la Iglesia, que son mis hermanos, y hasta en la santificación de toda la familia humana!

¡Oh Santa Iglesia de Dios, yo quiero, en cuanto dependa de mí, que seas más bella, santa y numerosa; con esa belleza del conjunto que nace de la *perfección de cada uno de tus hijos*, fundidos en esa estrecha solidaridad que fue la idea madre de la oración de Jesús después de la Cena, y el verdadero testamento de su Corazón: *Ut sint unum!... Ut sint consummati in unum* (40).

---

(40) Joan., XVII, 21, 23.

Nuestro fin es servir a Nuestro Señor y el motivo de la corrección de nuestros defectos y de la adquisición de las virtudes no es otro que el Divino Servicio, constantemente mejorado: La santidad es un medio para mejorar este servicio. (Ven. P. Eymard).

¡Cómo aprecio tu oración litúrgica, oh Iglesia, madre mía! Por ser yo uno de tus miembros, esa oración *es también oración mía*, sobre todo *cuando asisto y tengo cooperación en ella*. Todo lo tuyo es *mío*, y todo lo mío *te pertenece*.

Una gota de agua, es nada. Unida al océano, participa de su poder y de su inmensidad. Esto ocurre con mis oraciones, unidas a las tuyas. A los ojos de Dios, para quien todo está presente, y cuya mirada abarca a un mismo tiempo el pasado, el presente y el futuro, *mi oración forma un todo* con ese concierto universal de alabanzas que Tú, desde tu constitución, elevas y continuarás elevando hasta el fin de los tiempos, hasta el trono del Eterno.

Tú quieres, ¡oh Jesús mío!, que mi piedad sea, en cierto sentido, útil, laboriosa e interesada.

Pero me has enseñado a conocer en el orden que estableciste en las peticiones del Padre Nuestro cuánto deseas que mi piedad sea ANTE TODO, consagrada a la alabanza de Dios (41), y que no se encierre en el egoísmo, estrechez ni aislamiento, sino que, por el contrario, me impulse a abarcar en mis súplicas *todas las necesidades de mis hermanos*.

Facilítame, por medio de la Vida litúrgica, esa piedad elevada y generosa que, sin detrimento del combate espiritual, da a Dios con largueza *las alabanzas;* esa piedad *caritativa, fraternal y católica,* que abraza todas las almas y se interesa por todas las preocupaciones de la Iglesia.

---

(41) Creatus est homo ad hunc finem, ut Dominum Deum suum "laudet" ac revereatur eique serviens tandem salvus fiat. (Exerc. spirit. S. Ignacio).

Tu misión, ¡oh Santa Iglesia!, es engendrar incesantemente nuevos hijos a tu divino Esposo y educarlos *in mesuram aetatis plenitudinis Christi* (42). Y así has recibido todos los medios necesarios para llevar a cabo esa misión. La importancia que das a la Liturgia demuestra su eficacia para *iniciarnos en las divinas alabanzas y fomentar nuestro adelanto espiritual.*

Durante su vida pública, Jesús hablaba como quien *tiene autoridad para hacerlo* (43). Tú hablas del mismo modo también, ¡oh Santa Iglesia y Madre mía! Depositaria del tesoro de la verdad, tienes conciencia de tu misión. Dispensadora de la Sangre del Redentor, conoces todos los recursos de la santificación que el Salvador te confió.

No te diriges a nuestra razón para decirnos: Examinad, estudiad. Haces un llamamiento a nuestra *Fe,* diciéndonos: Tened confianza en mí. ¿No soy vuestra madre? ¿Quién mejor que su Esposa conoce a Cristo? *¿Dónde, pues, encontrarás el espíritu de tu Redentor mejor que en la Liturgia,* expresión auténtica de lo que siento y pienso?

Sí, santa y amantísima Madre mía, yo me dejaré que me guíes y formes, con la candidez y confianza de un niño, diciendo: *Yo oro con mi Madre.* Ello pone en mis labios sus propias palabras para que me penetre de su espíritu y logre que sus sentimientos pasen a mi corazón. Contigo, pues, ¡oh Santa Iglesia!, me alegraré: *guadeamus, exultemus;* contigo gemiré: *ploremus;* contigo cantaré mis alabanzas: *confitemi-*

---

(42) Eph. IV, 13.
(43) Sicut potestatem habens. (Matth., VII, 28).

ni Domino; contigo pediré misericordia: *miserere;* contigo esperaré: *speravi,* y contigo amaré: *diligam.* Con verdadero ardor me asociaré a las peticiones que hagas en tus admirables oraciones, para que las saludables emociones que quieres hacer brotar de las palabras y ritos sagrados, penetren más profundamente en mi corazón, le hagan más dúctil a los toques del Espíritu Santo y logren fundir mi voluntad con la voluntad divina.

* * *

SEGUNDO PRINCIPIO. — *Cuando en una función litúrgica actúo como* REPRESENTANTE DE LA IGLESIA (44) *Dios desea que le exprese mi Religión, por la conciencia que debo tener del* MANDATO OFICIAL *con que me he honrado, y que unido de esa manera cada vez más a la vida de la Iglesia, progrese en todas las virtudes.*

Por ser representante de tu Iglesia para ofrecer incesantemente a Dios por Ti, oh Jesús mío, el sacrificio de alabanza y de petición, en nombre de ella y de todos sus hijos, soy, según la bella expresión de San Bernardino de Sena, *persona publica totius Ecclesiae os* (45).

Por consiguiente, en cada una de las funciones litúrgicas, debe producirse en *mí como un desdoblamiento,* semejante al que se realiza en un emba-

---

(44) Son así delegados de la Iglesia los clérigos y religiosos, que tienen obligación de rezar el Breviario hasta cuando lo recen en particular. Del mismo modo, en sus iglesias canónicamente erigidas, los que están obligados al oficio del coro y a las misas capitulares o conventuales. Y también los que, sin haber recibido las sagradas órdenes, cumplen las funciones por tolerancia de la Iglesia, como, por ejemplo, los que ayudan a Misa.

(45) Sermón XX.

jador. En su vida privada, es un particular como otro cualquiera. Pero, cuando revestido de las insignias de su cargo, habla u obra en nombre de su Soberano, se constituye en aquel momento en su representante y, en cierto sentido, en la *persona misma* de él. Lo mismo ocurre conmigo cuando cumplo las funciones litúrgicas. A mi ser individual viene *a agregarse* una dignidad que me reviste de un mandato público. Entonces puedo y debo considerarme como el delegado, como el diputado oficial de la Iglesia entera.

Cuando hago oración, o rezo el Oficio divino, aunque sea privadamente, no lo hago exclusivamente en mi propio nombre. No soy yo quien ha escogido las fórmulas que empleo. *La Iglesia me las pone en los labios* (46). Desde ese momento, la Iglesia ora por mi boca, habla y obra por mí, como el rey habla y obra por medio de su embajador. Entonces, según la hermosa expresión de San Pedro Damián, YO SOY LA IGLESIA ENTERA (47). Por mi medio, la Iglesia se une a la divina Religión de Jesucristo y dirige a la Santísima Trinidad la adoración; la acción de gracias, la reparación y la súplica.

Desde entonces, si tengo conciencia de mi dignidad, ¿cómo podré comenzar el rezo del breviario, por ejemplo, sin que se opere en mi ser una acción miste-

---

(46) Sacerdos personam induit Ecclesiae, verba illius gerit, vocem assumit (Guill. PARIS., de Sacram. Ordinis).

(47) Per Unitatem Fidei Sacerdos Ecclesia tota est et ejus vices gerit. (S. Ped. Damián. Opúsc. XI, cap. X. Pat. lat. t. CXLV, col. 239).

Quid mirum si Sacerdos quilibet... vicem Ecclesiae solus expleat... cum per unitatis intimae Sacramentum, tota spiritualiter sit Ecclesia. (S. Ped. Damián, loc. cit.).

riosa que me eleve por encima de mí mismo, y por encima del curso natural de mis pensamientos, para lanzarme de lleno en la convicción de que soy como un *mediador* entre el Cielo y la Tierra? (48).

¡Qué desgracia la mía si me olvidare de estas verdades! Los Santos vivían penetrados de ellas (49). *Dios espera que yo las tenga presentes* siempre que me disponga a ejercer alguna de mis funciones. La Iglesia me ayudará por medio de la Vida litúrgica a no perder de vista que soy el Representante suyo, y Dios me exige que lleve una vida ejemplar en conformidad con ese noble título (50).

---

(48) Medius stat Sacerdos inter Deum et humanam naturam; illinc venientia beneficia ad nos deferens et nostras petitiones illuc perferens. (S. Joan. Chrys. Hom. V, n. I, in illud: Vidi Dominum).

(49) ¿Por qué el sacerdote cuando reza el breviario, dice aun estando solo: Dominus vobiscum? ¿Y por qué él mismo responde: Et cum spiritu tuo, en lugar de decir: Et cum spiritu meo? San Pedro Damián responde: No, el sacerdote no está solo. Cuando celebra u ora tiene ante sí a toda la Iglesia misteriosamente presente, a la que saluda con las palabras: Dominus vobiscum; después, como él representa a la Iglesia, ésta le responde con su propia boca: Et cum spiritu tuo. (Cf. S. Ped. Dam. I. Dom. vob., c 6, 10, etc.). Hemos reproducido su pensamiento.

(50) Laudate Dominum; sed laudate de vobis, id est, ut non sola lingua et vox vestra laudet Deum, sed et conscientia vestra, vita vestra, facta vestra. (S. Agust. Enarrat. il Psal., in Ps. CXLVIII, n. 2).

Así como los hombres os piden que seais santos cuando os presentéis ante ellos como embajadores de Dios, Dios os lo exige también cuando vais a su presencia a interceder por los hombres. Un intercesor es un parlamentario de la miseria humana ante la justicia divina. Ahora bien, para que todo parlamentario sea acogido favorablemente, dice Santo Tomás que necesita reunir dos condiciones: Primera: Que sea un representante digno del pueblo que le envía. Segunda: Que sea amigo del Príncipe a quien es enviado. Sacerdote que no te preocupas de tu santidad. ¿Serás un representante digno del pueblo cristiano, tú que no eres la expresión acabada de las

Oh Dios mío, haz que estime en todo su valor esta misión que la Iglesia me ha confiado. *¡Ello me servirá de aguijón para sacudir la cobardía en los combates del espíritu que debo librar!* Pero dame también el sentimiento de mi grandeza en mi calidad de cristiano, y haz que tenga alma de hijo para con la Iglesia, a fin de que saque mucho provecho de los tesoros de vida interior que están acumulados en la Santa Liturgia.

* * *

TERCER PRINCIPIO. — *Por ser* SACERDOTE, *tengo obligación, al consagrar la Eucaristía o administrar alguno de los Sacramentos, de reavivar la convicción de que soy* MINISTRO DE JESUCRISTO, *y por tanto, Alter Christus; y estar persuadido de que, como me lo proponga, hallaré en el ejercicio de mis funciones gracias especiales para adquirir las virtudes que el sacerdocio exige de mí* (51).

Tus fieles, oh Jesús mío, forman un solo cuerpo, pero los *miembros del cuerpo no tienen las mismas atribuciones* (52). *Divisiones gratiarum sunt* (53).

---

virtudes cristianas? ¿Serás el amigo de Dios, cuando ni siquiera eres su fiel servidor?

Si esto puede decirse del mediador indiferente, "a fortiori" deberá decirse del mediador culpable; porque ¿quién podría explicar las anomalías de su funesta situación? "Ruega por mí, Padre, tú que estás tan acreditado ante Dios", te dicen las almas piadosas. ¿Quieres conocer la eficacia de esa salvaguardia tan piadosamente invocada?: Plus placet Deo latratus canum quam oratio talium clericorum. (S. Agust. Serm. 37).—P Caussette. Manresa del Sacerdote, día primero, segundo disc.

(51) Lo que decimos del sacerdote se aplica también, en la debida proporción, al diácono y subdiácono.

(52) Omnia autem membra non eumdem actum habent. (Rom. XII, 4).

(53) I Cor, XII, 4.

Por haber querido perpetuar tu Sacrificio en la Iglesia en forma visible, la dotaste de un Sacerdocio cuya *misión principal* es continuar tu inmolación en el altar, distribuir tu preciosa Sangre en los Sacramentos y santificar tu Cuerpo místico por la difusión de la vida divina en él.

Tú, que eres el Soberano Sacerdote, determinaste desde la eternidad elegirme y consagrarme Ministro *tuyo para ejercer por mí tu Sacerdocio* (54). Me has investido de tus poderes para realizar con mi cooperación (55) *una obra mayor que la creación del Universo,* el milagro de la Transustanciación y ser, en virtud de esta maravilla, la Hostia y la Religión de tu Iglesia.

¡Cómo comprendo ahora las expresiones de entusiasmo de los Santos Padres, cuando proclamaban la grandeza de la dignidad sacerdotal! (56). Sus Palabras me fuerzan en buena lógica a considerarme, en

---

(54) Ipse est principalis Sacerdos qui, in omnibus et per omnes Sacerdotes novi Testamenti offert. Ideo enim quia erat Sacerdos in aeternum instituit Apostolos Sacerdotes, ut per ipsos suum Sacerdotium exsequeretur. (De Lugo, De Euchar. disp. XIX, sect. VI, n. 86).

(55) Dei adjutores sumus. (I. Cor. III, 9).

(56) Los Santos Padres parece que agotaron su elocuencia al hablar del sacerdote. Su pensamiento puede resumirse en esta frase: Esta dignidad excede a todo lo creado. Sólo Dios es mayor.—Sublimitas sacerdotis nullis comparationibus potest adaequari. (S. Ambr. lib. de Dignit. Sacerdo. cap. II). Qui sacerdotem dixit, prorsus divinum insinuat virum. (S. Dion. Aerop.). Praetulit vos regibus et imperatoribus; praetulit vestrum ordinem ordinibus omnibus, imo ut altius loquar, praetulit vos Angelis et Archangelis, Thronis et Dominationibus. (S. Bern. "Serm. ad Past." in Sinag.).—(Inter apor opp.—Patr. lat. CLXXXIV, col. 1086).—Perspicuum est illam esse illorum Sacerdotum functionem qua nulla major excogitari possit. Quare merito, non solum Angeli sed Dei etiam, quia Dei immortalis vim et numen apud nos teneant, appellantur. (Cat. Roma. De Ord. I).

virtud de la comunicación que me has hecho de tu sacerdocio, como otro *Tú: Sacerdos alter Christus.*

¿No hay, en efecto, *identificación* entre Tú y yo, cuando tu Persona y mi Persona están unidas hasta tal punto que haces tuyas las palabras *Hoc est Corpus meum. Hic est calix Sanguinis mei,* que yo *pronuncio?* (57).

Puedo decir que te presto mis labios, porque digo sin mentir: *Mi Cuerpo, Mi Sangre* (58). Basta que *quiera yo* consagrar, para que lo quieras Tú. Tu voluntad está fundida con la mía. En el acto más trascendental que puedes realizar en la Tierra, *tu alma está unida con la mía.* Te presto lo que verdaderamente es mío: mi voluntad. E inmediatamente la tuya *se funde con la mía.*

De tal modo obras valiéndote de mí, que si dijera sobre la materia del Sacrificio: *Este es el cuerpo de Jesucristo,* en lugar de decir: *Este es mi Cuerpo,* la consagración sería nula.

La Eucaristía eres Tú mismo, oh Jesús mío, bajo los accidentes del pan. Y cada una de las Misas, ¿no

---

(57) Reliqua omnia quae dicuntur in superioribus, a Sacerdote dicuntur... Ubi venitur ut confiteatur venerabile Sacramentum, iam non suis sermonibus utitur Sacerdos sed utitur sermonibus Christi. Ergo sermo Christi hoc conficit Sacramentum. Quis est sermo Christi?—Nempe is quo facta sunt omnia. (S. Amb. De sacramentis, lib. IV, cap. n. 14 et seq.). Inter opera dubia. (Pat. lat. XVI, col. 439). Ecce Ambrosius non solum vult sacerdotem loqui persona Christi, sed etiam non loqui in propria persona, neque illa esse verba Sacerdotis. Quia cum Sacerdos assumatur a Christo ut eum repraesentet et ut Christus per os Sacerdotis loquatur, non docuit Sacerdotem, adhuc retinere in his verbis propriam personam. (De Lugo. De Euch. disp. XI, sect. V, n. 103).

(58) Ipse est (Christus) qui santificat et immolat. Cum videris Sacerdotem offerentem, ne ut Sacerdotem esse putes, sed Christi manum invisibiliter extentam... Sacerdos linguam suam commodat. (San Juan Cris. Hom. 86 in Joan, n. 4).

viene a poner *más de relieve ante mis ojos* que el sacerdote eres Tú mismo, oh Sacerdote único, bajo las apariencias de un hombre que has elegido para Ministro tuyo? (59).

Alter Christus! Cada vez que confiero algún sacramento, debo recordar esta palabra y vivirla. Tú solo, por ser el único Redentor, puedes decir: *Ego te baptizo, Ego te absolvo,* y ejercer así un poder que es tan divino como el poder creador. Yo también pronuncio esas mismas palabras. Y los Angeles les prestan tanta atención como al *Fiat* que fecundó la nada (60), porque, ¡oh maravilla!, tienen la virtud de formar a Dios en un alma, y de producir un Hijo de Dios, participante de la vida íntima de la Divinidad.

Creo que me dices mientras ejerzo alguna de mis funciones sacerdotales: ¿Puedes imaginar, hijo mío, que, habiéndote hecho *Alter Christus* en virtud de los poderes divinos de que te investí, *he de tolerar que en la dirección habitual de tu vida, seas un "Sin-Cristo" o tal vez un "Contra-Cristo"?*

¡Cómo! Si en el ejercicio de tus funciones estás fundido conmigo, ¿un momento después darás lugar a que Satanás *ocupe mi puesto,* para hacer de ti cuando pecas una suerte de Anticristo, o para adormecerte hasta el punto de hacerte olvidar deliberadamente la obligación que tienes de imitarme y de esforzarse en *revestirte de mí,* según la expresión de mi Apóstol?

---

(59) Nil aliud sacrifex est quam Christi simulacrum (Petr. BLES., Trat. rythm. de Euch., cap. VII).

(60) Majus opus est ex impio justum facere quam creare coelum et terram (San Agust.).

Absit!

Absit! Cuenta con mi misericordia, cuando caes a diario en esas faltas de *fragilidad*, de las que te arrepientes *en seguida* y procuras reparar.

Pero *serme infiel a sangre fría, e inmediatamente ejercer sin ningún remordimiento las funciones más sublimes, es para excitar mi cólera; ¡no lo dudes!*

Hay un abismo entre tus funciones y las que ejercían los sacerdotes de la Antigua Ley. Y, sin embargo, si mis profetas amenazan a Sión por los pecados del pueblo o sus gobernantes, escucha el resultado de la prevaricación de los sacerdotes: *Complevit Dominus furorem suum, effudit iram indignationis suae; et succendit ignem in Sion, et devoravit fundamenta ejus... propter iniquitatem sacerdotum ejus* (61).

Además, ¡con qué rigor prohibe la Iglesia a los sacerdotes, que se acerquen al altar o administren los sacramentos en pecado mortal!

Bajo mi inspiración, la Iglesia avanza más. Por sus ritos te ponen en la *alternativa de la impiedad o de la impostura*. No tienes más remedio que decidirte o vivir la Vida interior, so pena de *expresarme*, desde el principio hasta el fin de la Misa, *lo que no piensas o de pedirme lo que no deseas*. El espíritu de compunción y de purificación de las menores faltas y, por tanto, la guarda del corazón; el espíritu de adoración y, por ende, de recogimiento; el espíritu de fe, de esperanza y caridad y, por consiguiente, la dirección sobrenatural de la conducta exterior y de las obras, todo está unido y guarda relación estrecha con las palabras y ceremonias sagradas. Me doy per-

---

(61) Thren. IV, 11, 13.

fecta cuenta, Jesús mío, de la *hipocresía* que *representa* revestirse de los ornamentos sagrados, sin *estar decidido* a hacer el esfuerzo necesario para adquirir las virtudes que simbolizan.

No quiero, Señor, que mis genuflexiones, signos de cruz y fórmulas sean en adelante un *vano simulacro* que oculte el vacío, la frialdad o la indiferencia para la vida interior, que añadan a todas mis faltas la de una exhibición falsa a los ojos del Eterno.

Que se apodere de mí un santo temblor cada vez que revestido de los ornamentos litúrgicos me acerque a vuestros tremendos misterios. Que las plegarias que acompañan a los actos y las fórmulas del Misal y del Ritual que tienen tanta unción y fuerza, *me inviten a escrutar mi corazón, para ver si está en armonía con el Tuyo, oh Jesús mío, bajo el impulso de un deseo leal y eficaz de imitarle por medio de la Vida interior* .

Atrás los subterfugios, alma mía, que pudieran servirme para creer que la obligación de ser *Alter Christus* se limita al tiempo en que cumplo las funciones sagradas, y que, ya que no soy un "Contra-Cristo", estoy dispensado de *revestirme de Jesucristo.*

Después de ser no solamente Embajador de *Jesucristo crucificado,* sino otro El, ¿pretendería emboscarme en una *piedad cómoda* y contentarme con unas *virtudes de burgués?*

Vana sería mi pretensión si quisiera persuadirme de que el religioso encerrado en el claustro tiene mayor obligación que yo de esforzarse en imitar a Jesucristo y adquirir la vida interior. ERROR PROFUNDO basado en una confusión.

Para alcanzar la santidad de religioso ha asumido la obligación de poner en práctica unos *medios determinados:* Los votos de obediencia y pobreza y el cumplimiento de la Regla. El sacerdocio no me obliga a estas observancias, pero debo intentar y realizar *el mismo fin,* y por *títulos más urgentes* que el alma consagrada, a quien no se confió la distribución de la divina *Sangre* (62).

Desgraciado de mí si me durmiera en esa *ilusión,* culpable a todas luces, porque para disiparla me basta consultar las enseñanzas de la Iglesia y los Santos. Su falsedad me saltará a los ojos en los umbrales de la eternidad.

---

(62) Vos estis lux mundi vos estis sal terrae. Quod si sal evanuerit in quo salietur? (Mat. V, 13). Exemplum est fidelium in verbo, in conversatione, in charitate, in fide, in castitate. (I, Tim. V, 12).—In divino omni quis audeat aliis dux fieri nisi secundum omnem habitum suum factus sit Deo formissimus et Deo simillimus. (S. Dionis. De Eccles. hier).—Sacerdos debet vitam habere immaculatam, ut omnes in illum, veluti in aliquod exemplum excellens, intueantur. (S. Juan, Chrys. Hom. 10 in Tim.). Nihil in sacerdote commune cum multitudine. Vita sacerdotis praeponderare debet, sicut praeponderat gratia. (S. Amb. Epis. 82).—Aut caeteris honestiores, aut fabula omnibus sunt Sacerdotes. (S. Bern. De Consid. 1, IV, c. 6).—Sicut illi qui Ordinem suscipiunt, super plebem constituuntur gradu Ordinis, ita et superiores sint merito sanctitatis. (S. Th. supp. q. 35).—Sic decet omnino Clericos in sortem Domini vocatos, vitam, moresque suos omnes componere, ut habitu, gestu, acenssu, sermone, aliisque omnibus rebus nihil nisi grave, moderatum ac religione plenum prae se ferant. (Conc. Trid. ses. 22 c. 1, de Reform.). Si religiosus careat ordine manifestum est excellere praeeminentiam Ordinis quantum ad dignitatem, quia per sacrum Ordinem aliquis deputatur ad dignissima ministeria, quibus ipsi Christi servitur in sacramento altaris; ad quod requiritur major sanctitas interior quum requirat etiam religionis status. (S. Th. 2, 2, q. 184).—Vix bonus monachus facit bonum clericum (S. Aug. ad Val.).—Nullam ascensus et deificationis mensuram agnoscant. (S. Greg. Naz.).—Pares Deo conentur esse sanctitate, ut qui viderit ministrum altaris, Dominum veneretur (S. Amb. S. Off. c. 5).

Desgraciado de mí si no supiera aprovecharme de las funciones que ejerzo, para conocer tus *exigencias*, o si me hiciese sordo a las voces que me están dando los objetos santos, con que convivo; altar, confesionario, pila bautismal, paños del altar y ornamentos sagrados. *Imitamini quod tractatis* (63). *Mundamini qui fertis vasa Domini* (64). *Incensum et panes offerunt Deo, et ideo sancti erunt* (65).

¿Qué excusa podré presentar si cierro mis oídos a tus llamadas, ¡oh Jesús mío!, cuando *cada una* de las funciones que ejerzo es la ocasión de una *gracia actual* que me ofreces para modelar mi alma a tu imagen y semejanza?

La Iglesa solicita esta gracia. Su corazón, celoso en responder a tus llamadas, me cuida como a las niñas de tus ojos, y antes de que se ordenara me hizo saber las graves consecuencias que me acarrearía mi indentificación contigo.

Impone Domine, capiti meo galeam salutis, ad... Praecinge me cingulo puritatis... Ut indulgeris omnia peccata mea. Fac me tuis semper inhaerere mandatis et a te numquam separari permittas, etc. No soy el único que te dirige estas súplicas. Todos los verdaderos fieles, las almas fervientes que te están consagradas y los miembros de la Jerarquía eclesiástica hacen suya esta pobre plegaria mía. El grito que lanzan sube hasta tu Trono. Y tú lo escuchas como la voz de tu Esposa. *Y cuando tus ministros resueltos a practicar la vida interior, armonizan su corazón con las funciones que ejercen, Tú siempre das oídos*

---

(63) Pontifical Romano
(64) Is. LII, 12.
(65) Levit. XXI, 6.

a las súplicas que la Iglesia te hace en favor de ellos.

En vez de quedar excluído por mis voluntarias negligencias de los sufragios que elevo a tu Padre en favor de los fieles, al celebrar la Santa Misa o administrar los Sacramentos, *quiero aprovecharme de esas gracias, ¡oh Jesús mío!* En cada uno de los actos que ejerzo como sacerdote *quiero abrir todo lo ancho que es mi corazón a la acción tuya,* para que derrames en él las luces, consuelos y energía que, a despecho de toda clase de obstáculos, me permitan identificar *mis juicios, afectos y voluntad con los tuyos, como mi Sacerdocio me identifica contigo,* Sacerdote eterno, cuando por ministerio mío te constituyes en el altar en Víctima y en Redentor de las almas.

* * *

Resumiremos en pocas palabras los tres principios del espíritu litúrgico.

CUM ECCLESIA. Cuando *me uno como simple cristiano* a la Iglesia, esta unión me invita a penetrarme de sus mismos sentimientos.

ECCLESIA. Cuando vengo a ser la misma Iglesia, por ser su *Embajador* ante el Trono de Dios, siento un impulso mayor a hacer mías sus aspiraciones, para hallarme menos indigno de dirigirme a la Majestad tres veces Santa, y para ejercer, *mediante la Oración oficial,* un Apostolado más fecundo.

CHRISTUS. Pero, cuando en virtud de la participación del Sacerdocio de Jesucristo, *soy Alter Christus,* ¿qué frases pueden traducir vuestras llamadas, ¡oh Jesús mío!, para que cada día os imite más y os dé

así a conocer a los fieles, animándolos con el *Apostolado del ejemplo a seguir vuestros pasos?*

IV. VENTAJAS DE LA VIDA LITÚRGICA

a) LA VIDA LITÚRGICA FAVORECE LA PERMANENCIA DE LO SOBRENATURAL EN TODAS MIS ACCIONES

¡Qué difícil es, Dios mío, obrar ordinariamente por un motivo sobrenatural! Satanás y las criaturas colaboran con mi amor propio, para sustraer a mi alma con sus facultades, de la dependencia de Jesús viviente en mí.

¡Cuántas veces al cabo del día, *por falta de vigilancia o de fidelidad,* queda viciada esta pureza de intención, que es la única que podría dar mérito a mis acciones y hacer fecundo mi apostolado!

Solamente al precio de un esfuerzo perseverante podré conseguir, con el esfuerzo de Dios, que la mayor parte de mis acciones *sean vivificadas por la gracia, para dirigirlas a Dios, único Fin de ellas.*

Para hacer este esfuerzo me es indispensable la oración. Pero, ¡qué diferencia cuando ese esfuerzo se realiza en medio de la Vida litúrgica! Porque la Oración y la Vida litúrgica son dos hermanas que se prestan mutua ayuda. La Oración hecha antes de celebrar la Misa y rezar el Breviario, me *sumerge en lo sobrenatural.* La Vida litúrgica me facilita el medio de que mi oración se extienda a las ocupaciones del día (66).

---

(66) Procuro hacer bien la oración para celebrar bien la Santa Misa. Y celebro la Misa y rezo piadosamente el breviario para hacer bien la oración del día siguiente. (P. Olivant).

Qué fácil es, ¡oh Iglesia Santa!, *adquirir* en tu escuela *la costumbre* de dar a mi Criador, al Padre, el culto que le corresponde! Por ser la Esposa de Aquel que es la Adoración, la Acción de gracias, la Reparación y la Mediación por excelencia, me comunicas por medio de la Liturgia, *la sed* que tenía Jesús de glorificar a su Padre. Dar gloria a Dios: este es el *fin primario* que te has propuesto al establecer la Liturgia.

¿No es evidente que viviendo de la vida litúrgica, quedaré enteramente impregnado de la *virtud de la Religión,* ya que la Liturgia no es otra cosa que la práctica constante y pública de esta virtud, la más excelente después de las virtudes teologales?

La manifestación *de la dependencia que todas mis facultades tienen de Dios,* la piedad, la vigilancia, el combate espiritual, etc., pueden sin duda adquirir un gran desarrollo si sé utilizar las luces de la Fe. Pero ¿cómo necesita el compuesto humano la colaboración de todas sus facultades para ayudarle a fijar el espíritu en los bienes eternos, despertar en el corazón la avidez de poseerlos y mover a la voluntad para que los pida frecuentemente y los busque sin descanso?

La Liturgia se apodera de todo mi ser. Mediante un conjunto de ceremonias, genuflexiones, inclinaciones, símbolos, cantos y textos que hablan a mis ojos, oídos, sensibilidad, imaginación, inteligencia y corazón, me orienta enteramente en la dirección de Dios, y me recuerda que todo lo mío, *os, lingua, mens, sensus, vigor,* todo debe ser dirigido a El.

Todo aquello de que se sirve la Iglesia para expresarme los *derechos de Dios* y los títulos por los que